

res, y el resto ó sean 50,000 infantes y 20,000 jinetes, ó combatientes en carros de guerra, enderezaron resueltamente á Roma. Los cisalpinos iban al mando del insubre Britomar, y los gesates, armados de una espada sin punta y de un solo filo, el *geso*, seguían á los reyes Concolitán y Aneroeste. Todos ellos habían jurado, soldados y caudillos, no quitarse el tahalí hasta haber subido al Capitolio.

El espanto llegó á su colmo en la ciudad, y consultados los libros sibilinos, exigieron éstos el sacrificio de un galo y una gala, de un griego y una griega. Vivos se les enterró en el *Forum Boarium*, y se creyó haber cumplido el oráculo, que había anunciado que los galos y griegos tomarían posesión del suelo romano. Pero en la creencia popular estos desgraciados podían llegar á ser temibles después de su muerte, y para desenojarlos se instituyó un sacrificio, que se celebró anualmente en la *fosa gala*.

Arreglada así la cuenta con los dioses y las víctimas asesinadas, se creyó ya Roma en el deber de hacer frente al



Moneda de Faro (1)

peligro. Los vanos terrores no le impedían las resoluciones viriles: confiaba en los dioses, pero más que en los dioses en sí misma, y esto es lo que la hizo tan grande, á pesar de su espíritu supersticioso. El senado declaró que había *tumulto*, y todos los hombres aptos para tomar las armas se armaron desde luego, hasta los sacerdotes, dispensados del servicio por la ley. 150,000 soldados se escalonaron delante de Roma, y retuvieron de reserva 620,000, suministrados por los aliados. Los samnitas habían prometido 70,000 hombres de á pie y 16,000 de á caballo; los latinos, 80,000 infantes y 5,000 jinetes; los yapigios y los mesapianos, 50,000 de á pie y 16,000 de á caballo; los lucanos 30,000 de los primeros y 3,000 de los segundos; la confederación marsa, 20,000 de los unos y 4,000 de los otros. Los romanos y los campanienses podían presentar ellos solos 273,000 hombres. Así, toda la Italia se levantaba para defender á Roma y rechazar á los bárbaros.

Dos caminos conducían de la alta Italia al valle del Tíber: para cerrarlos uno de los cónsules tomó posición al E. del Apenino enfrente de Arimino; un pretor se estableció al O. hacia Fésule (Fiésoli) con 54,000 etruscos y sabinos, y el otro ejército consular fué llamado con urgencia de Cerdeña con orden de desembarcar en Pisa, y de guardar, si llegaba á tiempo, los pasos del Apenino y de Liguria. Y por poco no fueron inútiles tantos preparativos y precauciones. Salvando los galos el Apenino, por donde no los esperaban las legiones, hubieron de dejar á la espalda el ejército pretoriano, que guardaba el paso de las montañas por la parte de la Umbría y llegaron á tres jornadas de Roma.

Pero el pretor los había seguido, aunque con tan mala fortuna, que revuelto el enemigo contra él, le dejó seis mil hombres fuera de combate y acorraló en una colina los restos de sus legiones. A dicha llegó aquella misma noche el cónsul Emilio, que á la nueva de aquella marcha audaz, precipitó la suya hacia Arimino.

Embarazados los galos con la impedimenta del botín y los prisioneros, quisieron poner á buen recaudo su logro

(1) Anverso: cabeza laureada de Júpiter; reverso: ΦΑΡΙΩΝ. Una cabra y una serpiente. Moneda de bronce.

yendo á dejarlo á su país, con ansia de volver pronto á dar la batalla, y esta resolución los perdió. Iban á lo largo de la costa, seguidos de cerca por Emilio, para ganar la Liguria, cuando el cónsul Atilio, que había desembarcado en Pisa, acertó á dar, al frente de sus legiones, con la vanguardia del enemigo, cerca del cabo Telamón (junto á la embocadura del Ombrón). Los galos estaban pues cogidos por tres ejércitos. Pusieron sus carros á los flancos para cubrirse, su botín y sus cautivos en una colina en medio de ellos, y mientras los gesates y los insubres hacían frente á Emilio á retaguardia, los boyos y los tauriscos resistían de frente al cónsul Atilio.

«Fué un extraño espectáculo: el sonido de innumerables trompetas y los gritos de guerra de los bárbaros llenaban el aire de pavorosos ruidos que los montes repercutían, mientras aquellos grandes cuerpos desnudos agitaban sus armas en formidable amago. Pero si los gritos espantaban, los collares y los brazaletes de oro que llevaban invitaban á un rico botín.»

El cónsul Atilio perdió la vida en una carga de caballería que precedió á la acción general. Esta se empeñó por los arqueros de las legiones que hicieron caer sobre la línea enemiga una lluvia de dardos, de los cuales ninguno se perdía, porque los gesates, por alarde de valor y para mayor libertad en los movimientos, se habían despojado de todo vestido hasta la cintura y no podían preservarse bajo su pequeño escudo.

Después de los arqueros, la infantería, cubierta con una buena armadura, llegó á la carrera y atacó con su corta y fuerte espada de dos filos y con punta. Los galos, cuya espada se doblaba á cada golpe, resistieron el ataque algún tiempo por su masa y su indómito valor, que hubiera merecido mejores armas. «Si hubieran tenido las de los romanos, de seguro habrían obtenido la victoria.» Y hablando así Polibio, expresaba la opinión del más antiguo historiador de Roma, Fabio Pictor, que había asistido á la batalla.

Cuando rompiendo la línea de los carros, vino la caballería á atacar de flanco, prodújose espantosa confusión en el ejército bárbaro acometido de frente, por la cola y por el flanco. Cuarenta mil bárbaros quedaron sobre el campo de batalla y diez mil fueron hechos prisioneros. Entre ellos había un breno galo, llamado Concolitán; otro, Aneroeste, mató por su propia mano á los allegados suyos que habían sobrevivido á la derrota, y después, él mismo se dió la muerte (225). No se sabe la suerte que cupo á Britomar. Los cautivos cumplieron su palabra: subieron al Capitolio con sus tahalíes; pero precediendo el carro triunfal de Emilio. A la mitad del camino se despojaron de ellos para entrar en el *Tullianum*, del cual nadie salía vivo.

Roma había tenido miedo, y decidido el senado á librar á Italia de tales temores, envió el año siguiente los dos cónsules á la Cisalpina para comenzar la conquista. Los galos del Sur del Po, tan debilitados ya por el desastre de Telamón, dieron rehenes y entregaron á los romanos tres de sus plazas fuertes, una de ellas Módena (224). Pero los del Norte, los insubres, recibieron briosamente á los cónsules, cuando un año después se arriesgaron á llevar por la primera vez los estandartes romanos á la orilla izquierda del río. Por fortuna, pudieron aceptar un tratado que les permitía retirarse sin combatir.

Penetraron entonces los cónsules en el país de los cenomanos, donde se rehicieron sus tropas con algunos días de reposo y de abundancia, y olvidando luego el tratado volvieron por el pie de los Alpes al territorio de los insubres. Cincuenta mil hombres salieron á su encuentro con intención y aliento para castigar la perfidia. Habían sacado de

sus templos los sagrados estandartes, los *Inmóviles*, que sólo salían en los grandes peligros de la patria. Uno de los cónsules, Flaminio, era aquel antiguo tribuno tan odiado de los grandes por su famosa proposición sobre el reparto de las tierras senonesas. No habiéndose podido el senado impedir su elección, hizo hablar á los dioses para anularla; con esto, se multiplicaron los milagros, hasta que al fin declararon los augures ilegal el nombramiento de Flaminio y de su colega Furio. Un decreto los llamó á Roma á los dos; pero Flaminio lo recibió en el momento de dar una batalla y no hizo caso de él. Así las cosas, no podía sustraerse á la condenación inminente, sino por el mérito de una victoria, y en su virtud impuso á sus soldados la necesidad de ganarla, apostándolos á la otra parte de un profundo río, cuyos puentes rompió después de haberles dado paso.

Las espadas de los bárbaros, mal templadas y sin punta, se embotaban y aun torcían fácilmente. Después del primer golpe tenían los combatientes que enderezarlas con el pie apoyándolas en tierra. Con esta observación hecha en la batalla de Telamón, distribuyeron los tribunos á los hombres de la primera fila las picas de los triarios, con orden de no hacer uso de la espada hasta que vieran falseadas las de los galos al dar en el hierro de las picas.

Los insubres perdieron diez y ocho mil hombres, ocho mil muertos y diez mil prisioneros (223), y pidieron la paz; pero á la negativa del senado, llamaron con urgencia, de las regiones transalpinas, treinta mil gesates, que al mando del rey Virдумar, acudieron bravamente á cercar, al S. del Po, la plaza fuerte de Clastidio, una de las trabas de la Galia Cisalpina en manos de los romanos. El cónsul romano Marcelo, que algunos años después ganó contra Aníbal el sobrenombre de *Espada de Roma*, vino en socorro de la plaza. Cuando formaba sus tropas en orden de batalla, espantado su caballo de la confusa gritería de los bárbaros, volvió grupa de repente y lo llevó buen trecho atrás, á pesar suyo. Con soldados tan supersticiosos como eran los romanos, este incidente natural podía tomarse por presagio de una derrota y aun traerla. Marcelo, al contrario, sacó partido de esto, fingió que tenía que cumplir un acto religioso, hizo acabar á su caballo su círculo retrógrado y volviendo al frente del enemigo adoró al sol. Desde entonces se podía ya combatir; no había habido más que una ceremonia ordinaria de adoración religiosa.

Cuando el rey de los gesates dividió á Marcelo, juzgando por el esplendor de sus armas que debía ser el caudillo del ejército romano, lanzó hacia él su caballo y lo retó á un duelo singular ante los dos ejércitos.

El cónsul acababa de ofrecer á Júpiter Feretrio las mejores armas que se tomaran al enemigo. A vista de aquel galo, cuya armadura resplandecía con todo el esplendor del oro, de la plata y de la púrpura, no puso en duda Marcelo que aquellos ricos despojos eran los prometidos y por consiguiente que los dioses le enviaban aquel bárbaro para que lo inmolará al filo de su espada. Aceptado el reto, se fué derecho á él al galope de su caballo y lo hirió con su lanza en medio del pecho con tal y tanta violencia, que el rey Virдумar vino al suelo. Antes de que se levantara, le dió Marcelo otro golpe, y saltando luego en tierra lo despojó de sus armas. «¡Oh Júpiter! exclamó levantándolas al cielo; recibe los despojos que te he ofrecido y dignate concedernos en el curso de esta guerra una fortuna semejante.»

Excitados los romanos por la hazaña de su valeroso caudillo, se arrojaron impetuosamente sobre el enemigo, y después de una sangrienta refriega, emprendieron la fuga los gesates. La desesperación se apoderó entonces del ánimo de los insubres y se rindieron á discreción del senado, el

cual les hizo pagar una fuerte indemnización y confiscó parte de su territorio para establecer en él colonias (222).

Todo lo que el aparato de las fiestas romanas tenía de más magnífico y espléndido se desplegó en Roma para celebrar el triunfo de Marcelo, el tercer triunfador ópimo: las calles que debía atravesar el cortejo estaban cubiertas de flores y el oloroso incienso ardía por todas partes; un numeroso coro de músicos abría la marcha; seguían los bueyes del sacrificio, cuyos cuernos se habían dorado, y después de una larga hilera de carros cargados de armas cogidas al enemigo, los prisioneros galos cuya alta estatura y aspecto marcial atraían todas las miradas. Un pantomimo vestido de mujer y un grupo de sátiros insultaban su dolor con alegres cantos. Finalmente en medio del humo de los perfumes, aparecía el triunfador vestido de púrpura y oro, con la ca-



Sepulcro de la familia Furia (1)

beza ceñida de laurel, y el rostro pintado de bermellón como las estatuas de los dioses; á su espalda, ajustados á un tronco de encina, traía el casco, la coraza y la túnica de Virдумar. A vista de tan glorioso triunfo la multitud atronaba los aires, gritando ¡Triunfo! ¡Triunfo! grito solamente interrumpido por los himnos guerreros de los soldados (2).

Cuando el carro triunfal comenzó á torcer del Foro hacia el Capitolio, hizo una seña Marcelo, y los principales prisioneros galos fueron separados del cortejo y conducidos á una prisión, donde algunos verdugos los esperaban con las hachas preparadas. El cortejo siguió su camino, según la costumbre, y fué á esperar al Capitolio que un lictor llevara la noticia de haber ejecutado á los bárbaros. Entonces Marcelo entonó el himno en hacimiento de gracias y concluyó el sacrificio. Antes de abandonar el Capitolio, plantó el triunfador con sus propias manos su trofeo en el recinto del templo, en cuyo pavimento había mandado hacer la necesaria excavación.

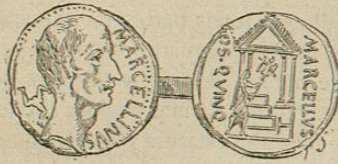
El resto del día se pasó en regocijos y festines, y el día siguiente acaso algún orador del senado ó del pueblo volvería á las declamaciones de costumbre contra aquella raza gala que era preciso exterminar, porque degollaba á los prisioneros de guerra y ofrecía á sus dioses sangre humana.

Marcelo había ofrecido, por su victoria, erigir un templo al Honor y al Valor. Pero los pontífices se negaron á reunir las dos divinidades en un mismo santuario. «Si cae un rayo, decían, ó se produce un prodigio, será difícil hacer las

(1) Los Furijs parecen originarios de Túsculo, donde aun existen restos de un sepulcro de esta familia.

(2) El cortejo, organizado en el Campo de Marte, atravesaba el circo Flaminio, la puerta Triunfal, en que lo esperaban los senadores y magistrados, el circo Máximo, y por el valle que separa el Celio del Palatino, alcanzaba la vía Sagrada y llegaba al Capitolio por el *clivus Victoriae*.

expiaciones, porque no se sabía á qué divinidad ofrecer el sacrificio; fuera de que no permiten los ritos inmolar una misma víctima á dos divinidades.» Marcelo dedicó el templo al Honor y después se erigió otro al Valor, cuya dedicación hizo su hijo diez y siete años después.



Marcelo en el templo de Júpiter Feretrio (1)

La derrota de los insubres adelantaba la conquista de la Cisalpina. A fin de consolidar en ella su poder, envió el senado á Cremona y á Placencia en 218 dos colonias, de seis mil familias romanas cada una, las cuales debían guardar la línea del Po, defendida ya por Taneto, Clastidio y Módena.

La vía militar comenzada por el censor Flaminio á través del Apenino desde Roma hasta el centro del país de los senones, se continuó para enlazar estos puestos avanzados en la gran plaza de Arimino (2). Así la dominación romana se acercaba á los Alpes «ese baluarte levantado, decía Cicerón, por una mano divina para la defensa de Italia», y el arado iba á acabar en la Cisalpina la obra de la espada, cuando la llegada de Aníbal lo detuvo todo.



Tolomeo III Evergetes (3)

En 221, los romanos habían ocupado también la Istria, donde eran dueños de una de las puertas de Italia y se establecían al N. de la Macedonia á la que amenazaban ya por la parte de la Iliria.

Desde la derrota de Pirro, estaban en relaciones amistosas con los reyes de Egipto. Estos se acercaban naturalmente á un pueblo que podía ser un día temible adversario de los enemigos que los Tolomeos tenían en Grecia. Después de la primera guerra Púnica, Evergetes renovó la alianza que su padre había concluido con Roma. El senado le ofreció tropas auxiliares contra Antíoco de Siria, rehusólas él, pero permaneció fiel á la amistad de los romanos.

II. - CARTAGO. - GUERRA DE LOS MERCENARIOS. CONQUISTA DE ESPAÑA.

Durante estos veintitres años tan bien pasados en provecho de Roma, Cartago también había extendido su imperio, después de haber atravesado una crisis peligrosa que hubo de falsear para siempre su constitución.

Cuando Amílcar firmó la paz con Lutacio, había en Sicilia veinte mil mercenarios, á los cuales no se pagaba sino con palabras hacía mucho tiempo. Acabada la guerra reclamaron la ejecución de estas promesas, y el gobernador de Lilibea, Gescón, los envió á Cartago por destacamentos á fin de dar tiempo al senado para satisfacerlos ó dispersarlos. Pero el tesoro estaba exhausto; se les dejó llegar á todos y

(1) Anverso: MARCELLINVS. Cabeza de Marcelo; detrás, la tríquetra; reverso: MARCELLVS. COS. QVINQ. (cinco veces cónsul). Marcelo en actitud de llevar un trofeo al templo de Júpiter Feretrio. Denario de plata de la familia Claudia.

(2) Estrabón (V, pág. 217) supone construída por un Fmilio, cónsul en 187, la vía Emilia, que conducía de Arimino á Bononia y á Aquilea, rodeando los pantanos y siguiendo el pie de los Alpes.

(3) Busto radiado de Tolomeo Evergetes, con un cetro y la égida. De un tetradracma de oro.

cuando estuvieron reunidos, se les pintó la penuria de la república haciendo un llamamiento á su abnegación y desinterés. Sin embargo el oro y la plata brillaban por todas partes en la opulenta metrópoli del Africa, y los mercenarios comenzaron á cobrarse por su propia mano. El senado temió el pillaje y mandó á los oficiales conducir el ejército á Sicca, dando á cada soldado una moneda de oro para sus más apremiantes necesidades. Los cartagineses hubieran podido conservar en rehenes sus mujeres é hijos, pero las dejaron ir para que aquellos aventureros no tuvieran que volver por ellas. Después, cerrando las puertas, se creyeron al abrigo de toda cólera detrás de sus altas murallas.

Los mercenarios, dice Polibio, cuya narración abreviamos, estaban reunidos en Sicca, y como para tales tropas es la ociosidad muy mala consejera, se pusieron á echar cuentas, exagerando lo que se les debía y lo que se les había prometido en los momentos de peligro, con lo cual nacían inmensos deseos y concupiscencias en sus codiciosos ánimos.

Se les envió el general Hannón, el cual, en vez de llevarles oro, todavía les exigió sacrificios, hablando humildemente de la penuria de la república. Los ciudadanos hubieran podido entender este lenguaje; pero los mercenarios se irritaron y con esto estalló la sedición mucho tiempo contenida. Los de cada nación se agruparon separadamente al principio, después se reunieron todos. Nadie se entendía en tal confusión de lenguas, sino para lanzar mil imprecaciones y amenazas. Hannón ensayó el medio de hablar á los insurgentes por boca de sus oficiales respectivos; pero estos les comunicaban cosas muy distintas de lo que se les decía, con lo cual subía de punto la justa cólera de los mercenarios. «¿Por qué preguntaban estos, por qué se les había diputado á Hannón que no les conocía, en lugar de uno de los generales que los habían visto en el campo de batalla y sabían lo que habían hecho y lo que se les debía?»

Los insurrectos levantan su campo, marchan sobre Cartago y se detienen á 120 estadios de la ciudad, en el lugar llamado Túnez. Cartago no tenía ni soldados para rechazar á estos bárbaros, ni rehenes para detenerlos, y en esta situación probó á calmarlos. Envióles ante todo víveres, cuyo precio fijaron ellos mismos, y luego diputados que les prometieron que todo lo que pedían les sería concedido. Esta flaqueza de Cartago aumentó la audacia de los insurrectos. Habían hecho frente á los romanos en Sicilia. ¿Quién se atrevería á mirarlos de frente? A buen seguro, no serían los cartagineses.

Con esto, todos los días inventaban nuevas exigencias reclamando, además de su paga, el precio de sus caballos muertos en campaña, y que se les pagaran los víveres que se les debían al precio exorbitante á que habían estado durante la guerra.

Para acabar, se les envió por diputado á Gescón, uno de sus generales de Sicilia, el cual siempre había tomado á pechos sus intereses, y sobre todo, que les llevaba mucho oro. Gescón tomó aparte á los jefes, y después reunió á los soldados de cada lengua para pagarles sus haberes. Estaba ya para hacerse el acomodamiento, cuando surgió una gran dificultad. Había en el ejército cierto Espendio, hijo de Campania, en otro tiempo esclavo en Roma, el cual tenía que lo entregaran á su amo, y un africano de nombre Matos, autor principal de estas turbaciones; uno y otro tenían pagar por todos si se llegaba al arreglo. Matos reconvinó á los libios por su ligereza, haciéndoles entender, que una vez despedidas las demás naciones, luego al punto haría recaer Cartago sobre ellos el peso de su cólera y los castigaría con mano fuerte para escarmentar á sus compatriotas

A estas insinuaciones del ardiente africano, siguió una gran agitación entre todos ellos, y cuando Gescón habló de aplazar para más adelante el pago de los víveres y de los caballos, los libios se reunieron en tumulto, sin querer oír más que á Matos y á Espendio, pues cuando algún otro tomaba la palabra, lo apedreaban sin consideración ninguna. Sólo una palabra, una sola, comprendían aquellos bárbaros. ¡Hiere! En cuanto alguno decía ¡Hiere! todos herían; y tan aína y á menudo que era imposible escaparse. Muchos soldados y aun jefes perecieron así; y al fin de cuentas Espendio y Matos fueron elegidos generales por aquella revuelta é indisciplinada tropa.

Sabía Gescón que, una vez sueltas aquellas bestias feroces, Cartago estaba perdida, y con peligro de su vida permaneció en el campamento para ver de atraerse á los jefes. Pero un día los africanos que no habían recibido su paga, fueron á reclamársela y lo hicieron de una manera insolente. El general cartaginés les contestó discretamente, que se dirigieran á Matos. Entonces los amotinados se arrojaron sobre el dinero y prendiendo á Gescón y sus compañeros los cargaron de cadenas.

Cartago estaba poseída de terror. Muy quebrantada por sus derrotas en Sicilia, había esperado algún reposo y seguridad para reparar sus fuerzas, una vez hechas las paces con Roma, y he aquí cómo la guerra volvía y ahora con carácter más temible, porque no se trataba ya de la posesión de Sicilia, sino de la salvación, de la existencia misma de Cartago. No tenía ya ejército ni flota; sus graneros estaban vacíos, su tesoro agotado, sus aliados indiferentes, si no eran enemigos. Su dominación sobre los pueblos de África había sido cruel: en la última guerra había exigido á los campesinos la mitad de sus rentas y doblado el impuesto de las ciudades; *Leptis Parva* le debía un talento diario. Los más pobres no tenían que esperar de los gobernadores cartagineses ni gracia ni perdón, pues para ser popular en Cartago, era preciso ser implacable con los súbditos y sacar de ellos todo el dinero posible.

Así, en cuanto Matos llamó á un levantamiento general á las ciudades de Africa, hasta las mujeres, que habían visto tantas veces arrastrar á sus hombres á la cárcel por la imposibilidad de pagar tan crecidos impuestos, favorecieron la rebelión jurando no escatimar nada de lo poco que les quedaba para los gastos de esta empresa, y en efecto, dieron cuanto poseían en muebles y adornos femeniles, con lo cual abundó el dinero en el campo de los mercenarios. Numerosos auxiliares acudieron á engrosar sus tropas, llegando á formarse un ejército de 70,000 hombres, con los cuales sitiaron á Utica y á Hipona, las dos únicas ciudades que no habían respondido á su llamamiento.

Los cartagineses confiaron al principio á Hannón la dirección de la guerra; pero por dos veces dejó Hannón pasar la ocasión de destruir al enemigo, por lo cual fué sustituido en el mando por Amílcar. Con diez mil hombres y setenta y cinco elefantes supo este general hacer levantar el sitio de Utica, desembarazar las cercanías de Cartago y ganar otra victoria contra Espendio. Entonces se le pasaron los nómadas, quedando dueño del campo y los víveres comenzaron á escasear entre los insurrectos. Al mismo tiempo trataba con la mayor benevolencia á los prisioneros. Los jefes de la insurrección temieron defecciones, y para prevenirlas, reunen el ejército y hacen comparecer á un hombre que suponían recién llegado de Cerdeña con una carta en que sus amigos los invitaban á observar de cerca á Gescón y á los demás prisioneros y á desconfiar de los manejos secretos que se hacían en el campo á favor de los cartagineses. Tomando entonces la palabra Espendio, hizo notar la pér-

fida benevolencia de Amílcar y el peligro de dar libertad á Gescón. Y hablando estaba aún, cuando un nuevo mensajero que se decía también recién llegado de Túnez, presentó otra carta en el mismo sentido que la primera. Autarites, jefe de los galos, declaró á su vez que no había salvación posible sino en el rompimiento absoluto con los cartagineses; que todos los que hablaran en otro sentido eran traidores, y que para hacer imposible toda avenencia, era preciso matar á Gescón y á los demás prisioneros.

Este Autarites tenía la ventaja de hablar en lengua fenicia, haciéndose así comprender del mayor número, pues la prolongación de la guerra iba haciendo poco á poco del fenicio la lengua comun, y los soldados se saludaban de ordinario en esta lengua.

Después de Autarites hablaron sucesivamente hombres de todas las naciones, que estaban obligados á Gescón y pidieron gracia para el general; pero como todos hablaban á la vez y cada cual en su lengua, no se podía entender nada. Sin embargo, cuando se entrevió el objeto á que se dirigían, se oyó la funesta voz de ¡Hiere! y los desgraciados intercesores perdieron la vida á pedradas. Después de esto, fueron por Gescón y los suyos en número de 700: los llevaron fuera del campamento, les cortaron las manos y las orejas, les rompieron las piernas y los brazos y los arrojaron á un foso vivos todavía.

Cuando Amílcar envió á pedir siquiera los cadáveres, resolvieron los bárbaros que los enviados sufrieran la misma suerte y proclamaron como ley que todo prisionero cartaginés pereciera en los suplicios, y que todo aliado de Cartago fuera despedido con las manos cortadas. Y esta bárbara ley fué observada con todo rigor. En represalias Amílcar echó á las fieras todos sus prisioneros.

Los negocios de los cartagineses tomaban un giro favorable, cuando súbitos reveses los trajeron á su primer estado. La Cerdeña se había sublevado; una tempestad hubo de sumergir un gran convoy de víveres; Hipona y Utica hicieron defección á su causa pasando á cuchillo la guarnición y Matos pensaba ya en conducir sus insurrectos al pie de los muros de Cartago. Pero Hierón, á quien la victoria definitiva de aquellos bárbaros hubiera espantado, dió todos los recursos que los cartagineses le pidieron. La misma Roma se mostró favorable, y el senado les envió sin rescate los prisioneros restantes de los hechos en Sicilia, permitió que los mercaderes italianos les llevaran víveres y rehusó el ofrecimiento de los habitantes de Utica de entregarse á los romanos.

Amílcar aventó por segunda vez á los mercenarios de las cercanías de Cartago, y con su caballería nómada los rechazó hasta las montañas, donde con hábiles evoluciones logró encerrar uno de sus ejércitos en el desfiladero del *Hacha*. No pudiendo huir ni luchar allí, se vieron los mercenarios reducidos á comerse unos á otros, siendo las primeras víctimas los prisioneros y los esclavos. Cuando faltó este recurso, fué preciso que Espendio, Autarites y demás jefes, amenazados por la amotinada soldadesca, pidieran un salvoconducto para ir á tratar con Amílcar.

No lo negó el general cartaginés, y convino con ellos en que, salvo diez hombres á su propia elección, despediría á los demás, dándoles á cada uno un vestido. Hecho el tratado, dijo Amílcar á los enviados: «Vosotros sois de los diez,» y los retuvo.

Al saber los mercenarios el arresto de sus jefes, se creyeron traicionados y corrieron á las armas; pero estaban tan bien envueltos, que no se escapó uno solo de cuarenta mil.

Entre tanto, sitiado Matos en Túnez, hizo una resistencia enérgica: en una salida, hubo de hacer prisionero al co-